

ESTÉBANEZ CALDERÓN, SERAFÍN (1799-1867)

LOS AMORES DE LA ALDEA

(Letrillas pastoriles)

LETRILLA I

Introducción

LETRILLA II

La niñez

LETRILLA III

El natalicio

LETRILLA IV

La confusión

LETRILLA V

La ingenuidad

LETRILLA VI

Como principia amor

LETRILLA VII

El consejo

LETRILLA VIII

La transformación

LETRILLA IX

La burla amorosa

LETRILLA X

El clavel

LETRILLA XI

La tierna confianza

LETRILLA XII

El ardid

LETRILLA XIII
La envidia de amor

LETRILLA XIV
El convite

LETRILLA XV
La red

LETRILLA XVI
Propensión de la mujer

LETRILLA XVII
El billete y el ramo

LETRILLA XVIII
La partida

LETRILLA XIX
El despecho

LETRILLA XX
La esquivéz ingeniosa

LETRILLA XXI
El tesoro

LETRILLA XXII
La boda

LETRILLA XXIII
El amanecer

LETRILLA XXIV
La música

LETRILLA I

Introducción

Lindas pastorcillas
del fresco Genil,
que del niño alado

la llama sentís;

las que entre las flores
de tanto jardín
triscáis entre el césped
en danza gentil,

mis dulces letrillas
campestres oíd,
cuando entre las ramas
trina el colorín,

oiréis los suspiros
que en su frenesí
exhala en sus ayes
amante infeliz,

y luego en el bosque
al son pastoril
tan tiernas canciones
podéis repetir.

LETRILLA II

La niñez

Cual céfiro blando
que al rayar la Aurora
huye y desaparece
entre verdes hojas;

o corriente arroyo
de aguas bulliciosas,
que pasa triscando
a vegas remotas,

sin quedar presente
la más leve sombra
del agua que corre,
del viento que sopla;

así de mi huyose
mi infancia dichosa,
y sólo su imagen

queda en mi memoria.

Pero amor en cambio
en mi pecho posa,
quemándome aleve
con su ardiente antorcha.

LETRILLA III

El natalicio

Por tierna memoria
de mi nacimiento
plantó junto al agua
mi buen padre un fresno.

A par de mis años,
lozano en extremo,
al árbol frondoso
se ha visto ir creciendo.

En su copa encuentran
en plácido fresco

quietud ya las aves,
sombra el pasajero:

¡Sin duda te bastas,
árbol, a ti mismo,
en mayo florido,
si helado en enero!

Mas yo que rapaza
quince abriles cuento,
sin un fiel amante
feliz no me encuentro.

LETRILLA IV

La confusión

Cuando se me acerca

mi hermoso zagal,
de rubor me abraso,
no sé qué me da.

El corazón quiere
turbado saltar,
y lánguida siento
el más vivo afán.

Sin duda pudiera
con su amor curar
mi Tirsis amado
esta enfermedad;

¡mas no quiera el cielo
que sepa el lugar
que busco tan niña
remedio a mi mal!

Y así a media noche
veré a mi galán,
y entonces, entonces
mi ardor curará.

LETRILLA V

La ingenuidad

Más que a su cordera
tierno recental,
que al verla de gozo
comienza a balar;

más que a su consorte
palomo galán,
que sabe en arrullos
su ardor explicar;

más que flor al agua,
que acero al imán,
más que todo ¡oh cielo!,
quiero a mi zagal:

que al mirar sus ojos

cual soles brillar,
y el rostro más fresco
que fruta en agraz,

de un dulce delirio
me siento llevar,
y caigo en sus brazos
en plácido afán.

LETRILLA VI

Como principia amor

Guardando alegre
mis ovejillas
me salí al prado
siendo muy niña.

Al pie de un sauce
vi que dormía
el niño Tirsis,
del sol envidia.

Llemele al punto,
y sus pupilas
claras lucieron
cual raya el día.

Bañando el rostro
de amable risa
tendiome amante
su palma fina:

sin saber cómo
le di la mía,
y desde entonces
soy su cautiva.

LETRILLA VII

El consejo

Te ruego afligida,
pastor, no te ausentes,
llevando el rebaño
a extraños vergeles.

Casado conmigo
muy rico ser puedes,
uniendo a mi hato
el hato que tienes.

Ni quiero que a otra
por más bella aprecies,
que las más hermosas
no son las más fieles.

Y si no me engaña
esta clara fuente,
bien merezco, ingrato,
amor, no desdenes;

que tengo la cara
blanca cual la leche,
como un junco el talle,
con ojos celestes.

LETRILLA VIII

La transformación

Doloridas voces
suenan en el río,
cual del que se ahoga
con crudos martirios.

¡Ay Dios, que no sea
el amado mío
que pasa a estas horas
a bailar conmigo!

Que si tal desgracia
me diera el destino,
lánguida muriera
cual cárdeno lirio.

Mas, plegue en tal caso
al cielo benigno
transformar al punto
el triste ser mío

en lúgubres cañas,
que con tristes silbos
mi desdicha cuenten
al fiel peregrino.

LETRILLA IX

La burla amorosa

Sin cesar repite
mi amante zagal:
«¿Cuándo, vida mía,
te podré abrazar?»

Pero yo picada
del necio refrán,
con donosa burla
le quise engañar.

Lo cité en el bosque
al sitio feraz,
do entre verdes juncos
surte el manantial.

Allí formé un blando
lecho de arrayán,
sembrado de espinas
de agreste zarzal.

El pastor alegre
se vino a acostar
se espinó, riendo
yo en tanto su mal.

LETRILLA X

El clavel

Disciplinado
tengo un clavel,
que de mi huerto
fresco corté.

Los pastorcillos
andan tras él,
ansiando todos
tan dulce bien:

y yo indecisa
no sé a quien dé
la prueba cierta
de mi querer.

Gentil es Tirsi,
Damón es fiel,
y así no atino
cuál escoger:

que al fin quisiera,
como mujer,
tener dos novios
cuando no tres.

LETRILLA XI

La tierna confianza

Dicen que mi novio,
si está de mí ausente,
podría olvidarme
si no aborrecerme.

Mas yo no me cuido
de tales sandeces,
mientras yo lo mire
y que él me requiebre.

Enamoradilla
le haré tiernas preces,
prorrumpiendo en llanto,
ardid de mujeres;

o para irritarle,
si está indiferente,
le haré mil melindres
y arteros desdenes;

y si esto ¡ay!, no basta,
dejaré me bese,
que a esta prueba nadie
resistirse puede.

LETRILLA XII

El ardid

Si queréis, zagalas,
que en la amante lid
rindan los pastores
la altiva cerviz,

a sus voluntades
lazos mil urdid,
do incautos se enreden
cual ave infeliz.

Si os siguen rendidos,
esquivas huid;
si os huyen, seguidlos
con halagos mil.

Las tiernas querellas
del amor fingid,
pues no hay quien resista
a un ay femenil;

que los cazadores,
a no usar de ardid,
no prendieran nunca
al cruel jabalí.

LETRILLA XIII

La envidia de amor

¡Oh cómo te envidio,
colorada rosa,
verte premiar libre
al que fiel te adora!

En tu virgen cáliz
sin crudas zozobras
recibes los besos
de la mariposa;

tus pétalos rizas,
y abrazas absorta
al bien que te halaga
en lazada airosa.

Venturas tan gratas
placentera gozas,
sin temor que turbe
tus gustos y glorias,

mientras que a mi Tirsis
el deber me estorba
que ni un leve abrazo
le dé por corona.

LETRILLA XIV

El convite

Ven, ven, pastor mio,
bajo esta mosqueta
que cubre la gruta
con la madre selva.

Sentado a la sombra
en la ardiente siesta,
regalarte quiero
con blandas finezas.

Te daré en mi taza
de marfil yo mesma,
la más dulce leche

que dan mis ovejas;

después de mi huerto
la fruta más fresca,
y pura miel virgen
que da mi colmena.

Tanto y más te ofrezco,
y porque lo creas,
de mi boca un beso
he de darte en prenda.

LETRILLA XV

La red

Oculto en el prado,
tendida la red,
muestro a las palomas
artera el cimbel.

Al reclamo acuden
ardiéndose en sed,
e incautas se arrojan
al lazo cruel:

en prisiones quedan
sin lograr romper
el hilo, aunque batan
las alas y pies.

De este ardid sin duda
valerme podré
para mil amantes
cual aves prender.

Será mi hermosura
el prado o vergel,
un favor señuelo,
el lazo un desdén.

LETRILLA XVI

Propensión de la mujer

Si mi amante Tirsis
en pos de mí viene
pidiéndome amores
con ojos clementes,

tal vez lo recibo
con crudos desdenes,
y en verle turbado
me gozo yo alegre;

mas ahora que tibio
observo al aleve,
cuidándose poco
de mis esquivaces,

en activa llama
mi pecho se enciende,
cual sed que se irrita
no hallando la fuente.

Sin duda es preciso,
para yo quererte,
que huyas mis finezas
¡oh Tirsi inocente!

LETRILLA XVII

El billete y el ramo

En tersa vitela
un rico señor
me escribió un artero
billete de amor.

Un ramo de flores
Tirsis me envió,
que es lengua de amantes
que hablamos los dos.

Aquel me brindaba
con su vil pasión,

y éste me ofrecía
su tímido ardor:

en tal aventura,
¿qué resolución?
¿Qué respuesta a entrambos
deberé dar yo?...

A aquél un desprecio
por cada renglón,
y al tímido joven
cien besos por flor.

LETRILLA XVIII

La partida

Ayer ¡cruda pena!,
mi Tirsis se fue,
llevando a otros prados
su hato a pacer.

Al último abrazo
mi rico joyel
con su lisi3n verde
al cuello le eché:

señal de esperanza
aquel color es,
de que a mi cariño
será el pastor fiel.

En cambio el ausente
besome cortés,
y el rostro, turbada,
bañé en rosicler.

Si será o no firme
¡ay Dios!, no lo sé,
mas yo le prometo
jamás serle infiel.

LETRILLA XIX

El despecho

Do quier que estampe
turbada el pie,
allí perjuro
te pienso ver.

Si el prado umbrío
cruzo tal vez
tras mí tu sombra
miro correr.

Si duermo, creo
que amor y fe
juras a Doris
bajo el ciprés.

El dios alado
con su pincel
aquí tu imagen
retrató fiel.

¡Ay si pudiera
(rabiosa sed)
herir mi pecho
y a ti allí en él!

LETRILLA XX

La esquivez ingeniosa

Cual ninfa acostada
en la verde orilla,
al ruido del agua
me finjo dormida.

Mi tímido amante,
turbado a mi vista,
se acerca en silencio
temiendo mis iras.

Besarme amoroso

la pasión le brinda,
mas luego el respeto
su ardor intimida:

al fin se resuelve,
besa mis mejillas,
y yo disimulo
su dulce osadía;

que así no desmiento
mi altivez esquiva,
y logro un halago
sin ofensa mía.

LETRILLA XXI

El tesoro

Solícita guardo
el don más precioso,
que sólo mi amante
gozará, y no otro.

En mi tierno pecho
furtiva le escondo,
y late y conmueve
de nieve dos globos.

Velo sin mirarle,
y en plácido gozo
se alegra si ríe
y gime a su lloro:

si amante me sigue
salta alegre y loco,
si me huye fallece
con tristes sollozos.

Mi corazón, Tirsis,
es este tesoro,
do está en sello eterno
grabado tu rostro.

LETRILLA XXII

La boda

¿Por qué mi fiel pecho
nada en dulces glorias,
cual fuente perenne
do el agua rebosa?

¿Por qué se me pinta
más rica la choza,
el prado más verde,
más bella la aurora?

¿Por qué lo ve todo
mi mente dichosa
ilusa, bordado
de flores y rosas?

¿Por qué canto alegre?
¿Por qué danzo loca,
y ciño en mis sienes
floridas coronas?

Porque para el mayo,
que festivo asoma,
está prometida
mi mano y mi boda.

LETRILLA XXIII

El amanecer

Los rojos celajes
y nubes celestes
ya anuncian que el alba
raya en el oriente:

con cárdenos visos
las luces se tienden,
y al prado y las flores
sus matices vuelven:

la copa del sauce
el céfiro mueve,
y al lindo jilguero
en los ramos mece:

la niebla se alza,
el sol aparece,
y en grata cadencia
murmura la fuente.

Aquí en la mañana
los amantes vienen
en oculta cita
a gozar mil bienes.

LETRILLA XXIV

La música

En la media noche
con la luna clara
se viene mi amante
bajo mi ventana.

Me da un blando silbo
para que yo salga,
y en diestro prelude
templa la guitarra.

De tiempo de moros
un romance canta,
luego la *letrilla*
a mí dedicada.

Cada vez que entona
su voz soberana,
de placer los ojos
cierro embelesada;

pues no hay mayor gusto
que oírse cantada
por la linda boca
de aquel que se ama.

